

EL AMIGO DEL PAIS.

BIBLIOTECA NACIONAL
Adquisición Andrés Larrea



Correspondencia dirigida al Constitucional y publicada
en varios de sus números en la fecha que espresan.

MONTEVIDEO, OCTUBRE 7 DE 1842.

Antes de entrar à la cuestion que me propongo examinar, ha de servirse el Sr. Editor del Constitucional insertar el siguiente Documento, estraído de la Gaceta de Buenos Aires, del 20 de Setiembre último.

VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA!

¡Mueran los salvajes unitarios!

El general en jefe interino del Ejército Unido de Operaciones de Vanguardia de la Confederacion Argentina.

Cuartel general Paraná, 19 de Julio de 1842.—Año 23 de la libertad, 27 de la Independencia, y 13 de la Confederacion Argentina.

Al Exmo. Sr. gobernador y capitán general de la Provincia de Buenos Ayres, encargado de las Relaciones Exteriores y general en jefe del Ejército Unido de la Confederacion Argentina, ilustre restaurador de las leyes, brigadier D. Juan Manuel Rosas.

El adjunto parte, impondrá à V. E. del combate que por mas de dos horas, ha sostenido gloriosamente nuestra Escuadrilla, al frente de este pueblo, contra los buques piratas del salvaje, asqueroso incendiario pardejon Rivera, en el q' el comandante de la espresada escuadrilla, sarjento mayor D. Juan J. Seguí, sus oficiales y tropa, se han comportado à presencia del que firma con el valor, denuedo y heroismo de verdaderos federales, y que los hace dignos de la consideracion de V. E.

Dios guarde à V. E. muchos años—Manuel Oribe.

Los que recuerden los antecedentes de D. Manuel Oribe; los que le consideren aún, como sus parciales, investido del carácter de Presidente legal de este Estado; los que sepan, por ultimo, que es hijo del suelo Oriental, dudarán indudablemente, que la nota que acabo de transcribir à la letra, sea de D. Manuel Oribe.

Pero ello es evidente: D. Manuel Oribe no trepida en poner en sus notas oficiales, el chocarrero y repugnante mote de ¡viva la confederacion argentina, y mueran los salvajes unitarios!... D. Manuel Oribe se llama jeneral en jefe del ejército de la confederacion, y cuando

desde una eminencia del Paraná ha visto caer con gloria la bandera Oriental, lá bandera de su patria, la bandera blanca y azul, que defendió en otro tiempo en los combates, ha exclamado como el mas fanático de los porteños degradados y prostituidos à Rosas ¡Gloria al denuedo y heroismo de los verdaderos federales, que han obtenido una victoria sobre los que peleaban en las aguas, cubiertos con el estandarte de mi patria!

Dificilmente se hallará un solo Oriental despreocupado y juicioso, que pueda probar este procedimiento de Oribe. Y presumo, que aun sus mismos parciales, avergonzados, no encontrarían espresiones para justificarlo.

Si Oribe se considera Presidente de este Estado, es mas indisciplinable todavia su conducta. La dignidad de este caracter le prescribia ciertos deberes, de que jamas un hombre delicado y circunspecto podria desentenderse. El Presidente de la Republica de Chile ó de Bolivia, creeria degradarse, y con mucha razon, usando de esos epitetos groseros que acostumbran los serviles de Rosas poner al frente de todas sus comunicaciones. Ellos, en todo caso, dirian primero: ¡Viva la Libertad! ¡Viva la Independencia de mi patria! En vez de ¡Viva la Confederacion Argentina!

Ellos dirian ¡mueran los tiranos! pero nunca mueran los hombres de tal ó cual partido. El rango mismo de un hombre que se cree elevado hasta representar la primera Majistratura de su pais, ni participar de sus miserias y rencores, á menos que francamente no hiciesen causa común con el extraño.

No ha muchos dias que el Sr. Conde de Lurde devolvió al Ministro de Rosas una tarjeta de visita que éste le dejó en su casa, con esos motes con que Oribe empieza la nota que he copiado, como indigno de un hombre delicado estrangero à las cuestiones de Buenos Aires. Pero, lo que no hicieron las categorias de otra.

naciones, lo ejecuta D. Manuel Oribe ; y esto lo ciento tanto, cuanto que al fin, el que queda en ridículo nació en este suelo, y ocupó un puesto elevado en mi patria.

Don Manuel Oribe llama en esa nota *salvaje, asqueroso incendiario*, y tantas cosas mas, tan groseras como estas, al general Rivera ; á uno de los primeros soldados de la libertad de su patria. Y preguntaré; ¿es este el lenguaje propio de un hombre bien criado? ¿Es este el idioma digno de un hombre que se considera una categoría? Si nosotros, los que nacimos en esta tierra clásica de la libertad, que conocemos á nuestros hombres y sus antecedentes, somos los primeros en arrojar barro á su frente por innobles venganzas, ¿con que derecho exigiríamos que los demas nos respetasen? ¿que dejamos para los extranjeros que nos quieran mal, y que se interesen en humillarnos y deprimirnos?

Digase lo que se quiera del general Rivera : censuren como les parezca su marcha administrativa, sus desafectos: pero sean justos alguna vez, y no quieran vulnerar reputaciones que pertenecen á la revolucion, porque la mancha que sobre ellas caiga, ha de alcanzar á todos, sin escluir á los mismos que la arrojan,

Preciso es ser justo Sr. Editor, para tener derecho á ser creidos : preciso es ser justos Sr. Editor con todos, si queremos que lo sean con nosotros, y merecer algo de la posteridad. La vida pública del gral. Rivera data desde el año 10, en que por primera vez se dió en estas comarcas el májico grito—*de Independencia!*— Treinta años de servicios prestados á la causa de los Pueblos, dan algun derecho al que los prodigó, á la consideracion de sus compatriotas, y es preciso ser mui preocupado ó mui injustos, para negarsela á aquellos que con la sangre de sus venas, compraron nuestra libertad y contribuyeron en cien combates á la gloria y felicidad de la República.

Y nadie con mas razon que D. Manuel Oribe, deberia hablar con respeto, con cierto miramiento del general Rivera, siquiera por el recuerdo de sus servicios, por la participacion de fatigas y peligros, por honor de la clase á que ha pertenecido, y del lugar que ha ocupado....

Si esta carta llegase por casualidad á manos de D. Manuel Oribe, me parece que el grito secreto de su conciencia, le haria convenir en la evidencia de mis racionios. D. Manuel Oribe, sabe positivamente, que sus charreteras de general las debió al general Rivera, lo mismo que su ascenso á la presidencia. En vano querrá

negarlo, porque le mortifique su confesion : la historia contemporánea, lo ha de patentizar algun dia.

D. Manuel Oribe sabe que cuando él era un subalterno en el Ejército Oriental, D. Fructuoso Rivera, era ya un Gefe de graduacion, que siempre ocupó destinos de importancia en su Patria.

D. Manuel Oribe sabe mui bien, que el general Rivera en su primera Presidencia, le elevó á Capitan de Puerto, luego á General de Armas, despues á Ministro de la Guerra, empleos que no pudo merecer en época en que mandaban otros hombres.

D. Manuel Oribe sabe que en 832 cuando la revolucion de D. Eujenio Garzon, él desenvainó su espada en sosten de la administracion de Rivera, y no sé como podrá justificar la inconsecuencia que hoy padece, claisificando de *salvaje, de asqueroso, y de tirano*, al mismo hombre que poco antes, cuando aspiraba á ser su sucesor en el gobierno, habia sostenido de la manera que todos sabemos y recordamos.... Otro hombre menos violento, menos arrebatado, menos injusto, habria apreciado mas noblemente tantas pruebas de amistad, de concordia y de benevolencia..... Pero el error, es un dote de nuestra naturaleza, y el mortal que está espuesto á padecerlo y repetirlo, debiera ser mui circunspecto al tratar del resto de sus semejantes.

Por deprimir al jeneral Rivera, y desfogar resentimientos personales, el Sr. Oribe, deprime y ofende á su pais hasta con sus palabras. Llamar *salvaje y asqueroso* al que mal ó bien preside sus destinos, es arrojar la idea mas triste y desconsoladora de su cultura y de su condicion. Que se dirá en el extranjero de un Estado gobernado por personas de la especie que pinta D. Manuel Oribe? Que concepto se formarán de él las Naciones, cuando los que se apellidan *Orientales*, son los mas empeñados en desconceptuar á sus Majistrados?.... Con razon en Europa se nos tiene por una raza de *semi bdrbaros*: con razon se nos compadece. ¡Asilo quieren nuestras pobres afecciones de partido!....

D. Manuel Oribe que sin reparar en lo ridiculo, prodiga á manos llenas los elogios mayores á un dé-pota extraño, á un gaucho que nunca hubo conocido: D. Manuel Oribe que llena de alabanzas y de respetos á Rosas, que jamas lo vió nadie en el campo de batalla pelear por la causa de la Independencia Americana, y á quien nada absolutamente debe la de esta República, no solo lo niega á un General esclarecido de su

Patria, si no que lo colma de insultos y dicitrios.
¡ Oh! Esto es una demasia!

Pues que! Rosas, ese orgulloso caribe, ha de ser nunca para los Orientales, lo que fué el Jeneral Rivera? El Jeneral Rivera ha ganado sus galones, sirviendo á la revolucion: Rosas por una senda de crímenes y de infamias. Rivera ha dado dias de gloria inmensa á su Patria: Rosas de luto y de miseria á la suya. Rivera ha llevado en triunfo la Bandera Nacional en el Rincon, en Sarandi y en Misiones: Rosas en ninguna parte. Rivera participa de los peligros y de las privaciones de la campaña á la par de sus soldados: Rosas no ha oido silvar una bala; se mantiene resguardado, y manda á los suyos que mueran y se sacrifiquen por él, mientras él goza salvo y seguro el fruto de sus sacrificios. D. Manuel Oribe, como todo Oriental, debiera sentirse orgulloso de contar en su Patria, soldados del temple del Jeneral Rivera, antes de retribuir sus servicios con negras ingraticudes.

Para el monstruo, para el extranjero á quien nada debemos, y que nos quiere tanto como á la primera camisa que ha vestido, los inciensos, los alhagos, las adulaciones . . para el que algo ha hecho por nosotros, por la Pátria, una bofetada, el insulto, y el ludibrio. ¡ Bello modo de estimular á los defensores, á los soldados de nuestra Independencia!

Salvaje! Todos saben lo que vale la acepcion de esta palabra; todos saben lo que quiere decir *salvaje*; lo que importa este dictado. ¿ Y habrá quien se atreva á sostener que el general Rivera és un salvaje! Dije y repito, que los enemigos de ese varon illustre, pueden acomular y decir de él cuanto quieran: no pretendo santificarlo; hablo sin pasion alguna, ¡ pero apellidarlo *salvaje*! és el colmo de la estravagancia ó de la malignidad: és una verdadera herejia que se comete con la verdad y con nuestro idioma.

Para los salvajes, no existe ningun derecho ni ninguna ley sagrada; y el mismo D. Manuel Oribe conoce y sabe por esperiencia, si las hai santas y venerandas para el guerrero a quien injuria. La familia lo mismo que los intereses de D. Manuel Oribe, están bajo el poder de ese hombre á quien clasifica de salvaje, y no dirá por cierto que ha molestado en lo mas minimo á aquella, ni que ha dispuesto ni usurpadole los otros. Y quien hasta este punto lleva el respeto que tributa á su enemigo declarado, al perturbador del socio de su pais, ¿ puede llamarse salvaje? Hace Rosas, ese idolo falso de D. Manuel Oribe, por ventura otro tanto con los suyos. No! y cien veces no! . . .

Sin embargo, és para el Sr. Oribe un jénio de bondades, un semi-Dios, á quien debe prestarse un culto de adoracion y de reverencia

El general Rivera ha tenido en su poder millares de sus prisioneros, ¿ y como los ha castigado? dandoles la libertad, y socorriendo sus necesidades. ¿ Es asi como procede un *salvaje*?

El general Rivera, justamente resentido, podia inventar y servirse de iguales torpes epitetos que lastimasen el nombre de su tenás contendor, pero veanse sus notas, oiganse sus conversaciones privadas, ni una palabra traza su pluma, ni pronuncia su lábio, en semejanza de las que frecuentemente acostumbra dirijir Oribe sobre su nombre y reputacion privada y pública. Qué moderacion, que magnanimidad tan digna de imitar, los que quieren obscurecer la fama de sus glorias!

¿ Es asi como se conduce un salvaje?

Ni se diga que hai estudio ni hipocrecia en este procedimiento. Porque no és de ahora que el gral. Rivera lo hace: esa recomendable circunspeccion y dignidad le ha distinguido en todos los tiempos. A ella debe muchas pájinas lucidas de su carrera pública.

Los enemigos del actual órden de cosas, hablan, discurren, se sindician, con entera libertad: forman planes, no se reservan de manifestar su adhesion á Oribe, ¿ y quien les dice nada? ¿ quien les incomoda en lo mas minimo? Nadie: — porque la politica del gobierno, és tolerar y dejar ir, mientras las cosas no pasen de criticas, esperanzas y chismografias. Y el gobierno que asi se comporta, ¿ será un gobierno tiránico, será una administracion de *salvajes*!

Tolerancia y olvido: — He ahí su sistema — Jenerosidad é induljencia para aquellos que la impeñan; — he ahí sus principios. ¿ Puede exigirse mas de un gobierno, cuya paciencia se pone á prueba todos los dias? Si hai quien exija mas, diga si se siente capaz, en su lugar, de hacer todo lo que él hace, de sufrir, todo lo que él sufre, por evitar lágrimas y conflictos á las familias: por minorar las angustias de la Pátria; por atraer y hermanar á los hombres; por acabar con los partidos y sus enconos. . . . Digase ahora, si con justicia, D. Manuel Oribe, puede tratar de la forma que trata á la primera entidad de ese mismo gobierno.

En lo que digo, creo defender la justicia, y hacer un servicio á mi pais, porque la reputacion de sus primeros hijos, és una propiedad de la República, una herencia estimada de nosotros. — Volviendo por el buen nombre del general Rivera, vuelvo por el de la Nacion, por el de todos sus ciu-

dadanos: no defendiendo al hombre: defendiendo al guerrero, al magistrado, al patriota, á la verdad, á la sana razon en fin, como debo confesar, la defenderia si de otro cualquiera se tratase que tubiese los mismos antecedentes que el general Rivera, como en otro tiempo he defendido el nombre del propio D. Manuel Oribe.

Basta por hoi Sr. Editor; me he estendido demasiado, lo conozco: pero el asunto presenta un campo tan bosto, que me prometo poder continuar mas adelante mis observaciones—

EL AMIGO DEL PAIS.

Montevideo Octubre 13 de 1842.

EL AMIGO DEL PAIS.

Cada vez que leo los papeles públicos de Bs Ayres ó algunas notas oficiales de jefes de Rosas, en que se habla de mi pais ó de sus hombres, siento hervir la sangre en mis venas, y me avergüenzo muchas veces que haya Orientales, que no solamente batan las palmas de las manos al escuchar esos desabogos de la torpeza, sino que se asocien á la pandilla que los vierte, y pasen por el bochorno de ser sus aduladores.

Yo he tenido, y tengo acaso en estos mismos instantes, mis particulares afecciones; he seguido tambien las banderas de un partido politico, no por aversion á tal ó cual persona, porque, gracias al cielo, supe respetar *los servicios de todos* los que han trabajado por la independenciam de mi patria, sin fijarme en el color politico á que pertenecian, sino por un instinto secreto que me inclinaba á un jefe, y por la creencia que tenia de sus mayores aptitudes, para labrar la felicidad de la República. Pero esas afecciones no estraviaron mi razon hasta el extremo de olvidar que me debia primero á mis hermanos, á mis compatriotas, á mis compañeros, antes que al extranjero, al desconocido, y menos al extranjero que no pudiese honrarme.

La sana razon me aconsejaba esta conducta; creo haberla seguido hasta ahora, y no temeria poner mi nombre al pie de este articulo, por que me parece que aun conocido de todos, no tendria motivo para sonrojarme de haberme plegado *jamás al extranjero* para humillar á mi pais, ni ultrajar á los primeros ciudadanos de mi patria. Tal es tambien la senda que todos debemos se-

guir; y si asi fuese, mi patria, la adorada patria de los Orientales, se daria mil enhorabuenas.

Pero ay! . . . Los hombres que recibieron una educacion esmerada, que se adornaron con las insignias de los guerreros de la República, que se consagraron á su defensa y á su gloria, caen insensatos ó ciegos en el estravio, y se convierten en los peores cuchillos contra la sociedad que les sirvió de nodriza, y contra sus hijos que les acompañaron en cien cruzadas de libertad y de victoria.

Contrayéndome por un momento al jeneral Rivera y á D. Manuel Oribe, que lo es actualmente en jefe del ejército unido de vanguardia de la *Confederacion argentina*, observaré que en un papel, que con el titulo *El Federal Entre-Riano* se imprime en la Bajada, se llama al primero *enemigo de la quietud y ventura de sus compatriotas, é implacable y tenaz de los argentinos, y de cuanto puede contribuir al bien estar de aquella República.*

Sr. editor; llamar al jeneral Rivera enemigo de la quietud y de la ventura de sus compatriotas, es una verdadera blasfemia, es una solemne impostura, que los hechos vienen de porsi á desmentir y deshacer completamente.

El redactor de ese papel tan brutal, como todo cuanto sale del molde de la prensa de Rosas, ha puesto una mano sacrilega sobre la historia de este pais; y ora desfigurando los hechos, ora acumulando sofismas, ó derramando la mentira y la calumnia, usurpa al historiador imparcial su lugar; y constituido en juez absoluto de nuestros sucesos y de nuestros hombres, procura concitar prevenciones contra el jeneral Rivera, deprimir su mérito, ajar su gloria: gloria, que no pertenece á él esclusivamente, sino que es una propiedad yá de la patria, como la adquirida en el *Rincon*, en *Sarandi* y en *Misiones*. Yo tambien apelaré á la historia; y al hablar con ella ante el pueblo Oriental que la conoce, sin duda mucho mejor que el *Federal Entre Riano*, creo que aun los mismos enemigos de ese soldado de la revolucion, prestarán un sufragio de aprobacion y de crédito á mis palabras.

Veámos si en efecto el jeneral Rivera ha sido *un enemigo de la quietud y de la ventura de sus compatriotas* como lo afirma el escritor extranjero. Mi lenguaje será franco y sencillo, para que todos me entiendan.

Preciso me será, para desempeñar mi tarea, que traiga á la memoria tiempos y sucesos dolorosos, pero disculpables; si se tiene presente que toda revolucion, en sus principios, trae sus descarrios, sus errores, como una consecuencia natural de la repentina transicion que hacen los Pueblos, de su

vidumbre á la libertad, antes de llegar á establecer instituciones, á consolidarlas y rejirse por órden á que á pausas se aproximan.

Epoca de turbulencia, desazones y extravios, aquella en que el finado Otorquez tuvo el mando de esta plaza. Soy Oriental, y no puedo confesar sin dolor, los vicios que entonces prevalecieron; no quiero ser injenuo, y seré el primero en confesar que en aquellos dias de inquietudes, el Pueblo no participaba, de un órden, ni de una felicidad tan regular como al presente. Artigas, que, sea lo que se quiera, no estaba conforme con la marcha que el jefe Otorquez aqui seguia, ¿á quien vió los ojos sino á D. Fructuoso Rivera para recomendarle el órden de esta ciudad?..... ¿Y en logró restablecerlo y asegurarlo en pocos dias y á satisfaccion de todo el mundo, sino el mismo D. Fructuoso Rivera?

Digánlo los patriotas de aquel tiempo: digánlo los Españoles todos que aqui residian, como dirá la historia. Jamás el pueblo de Montevideo gozó de tan perfecta tranquilidad, ni las personas ni las propiedades fueron mejor respetadas, y cuando Rivera entró con su division á esta plaza. Desde entonces, los desórdenes desaparecieron, y las bendiciones de Criollos y Españoles cayeron sobre Rivera. Y si este soldado, no hubiera sido un verdadero amigo de la quietud y de la ventura pública, ¿habria enfrenado la audacia de los demas? habria protegido al vecino pacifico? habria cambiado, por decirlo así, la faz de las cosas?.....

He hecho referencia á las escenas desagradables, que en la época de Otorquez tubieron lugar entre nosotros; pero en honor de la verdad debo añadir, que á pesar de ser ellas una consecuencia natural de las circunstancias especialisimas en que nos habiamos, cuando saliamos con los ojos vendados de un largo cáutiverio, y abriamos nuestra marcha á un norte seguro, sin un principio ó un sistema preconcebido por el tiempo y por la calma, no tuvieron comparacion con las bárbaras que en el dia observan en Buenos Aires.

He hablado tambien de la eleccion que Artigas hizo de Rivera para el mando de esta plaza, y he negado de paso, que es completamente falsa y mentida la asercion del *Federal Entre Riano*, cuando asegura que Rivera traicionó al Jeneral Artigas. No se atreverá á citar un solo hecho que confirme este aserto.

Rivera sirvió en tiempo de los Portugueses ó Imperiales: he aqui un cargo que se ha repetido basta el fastidio. ¿Y quien Sr. Editor no se sometió en aquella época infausta, al imperio de las

circunstancias?..... Pocos hombres se hallarán entre nosotros, á quienes si fuésemos á examinar el pasado, no hubiera que hacerles igual cargo. Si abrimos la historia, hallarèmos el nombre de los Lavalles, de D. Servando Gomez, y de muchos otros jefes Orientales asociados al de D. Fructuoso Rivera. Pero porque no se dice los beneficios que á despecho de los extranjeros, hizo á su pais y á sus paisanos en aquella posicion delicada que ocupaba?.... Muchos pensaron como el Jeneral Rivera, "que no era prudente entrar en lucha todavia con el destino: que se podia ser útil á la Pátria, aun aparentando servir á sus opresores, hasta que llegase el momento oportuno de obrar y arrojar en pedazos su formidable cadena." Un ejemplo en confirmacion de esta verdad. El oficio que le dirijió una corporacion de Montevideo, compuesto de hijos de este pais.—Otro, la esposicion que hizo el Dr. Obes, en ocasion en que el gobierno Arjentino fulminó contra él una sentencia de muerte civil. (1) Pero niéguese, si se puede, que el Jeneral Rivera, fué de los primeros en levantar el glorioso pendon de la Libertad cuando fueron oportunos los momentos. Mas, ¿quien ha autorizado al *Federal Entre Riano* pa-

(1) *El Dr. Obes ocupó un asiento en la Cámara de Apelaciones de esta Ciudad, y desempeñando las funciones de Fiscal rindió mas servicios á su pais, que otros que no eran empleados por el gobierno de D. Pedro 1.º Refiriendo algunos de esos servicios, con ocasion de un cargo que sus rivales le hacian, recuerdo que decia—«Yo suspendí la franca enagenacion de tierras en favor de los militares, que servia para ganar amigos el Vizconde y enemigos á la Pátria. Yo propuse el reglamento de montes: promoví la Policia de campaña: ataqué los monopolios cibarios, denuncié los desórdenes del Tesoro, pregoné la corrupcion de los Tribunales, clamé en voz mui alta contra la aparente indolencia del gobierno, dejando impunes los criminales, que no hacia mas que mantener la Provincia en aquel estado de inseguridad y sobresalto de que su feroz politica se prometia conseguir la emigracion de los nativos, y el establecimiento de sus opresores en todos los puntos de la campaña.*

Así cuando llegó el momento de proponer un Senador y elegir un Diputado á la Asamblea Lejislativa del Brasil, no hubo un hombre solo que me negase su voto: aun cuando para estraviarlo es evidente que se derraman agentes, dinero y promesas desde Sandù á Maldonado.—El Visconde tenia un interés en alejarme de la Côte: lo tenia el sindico, lo tenian sus partidarios: pero los Pueblos son incontrastables cuando caminan guiados por la luz de sus propios ojos, y despreciando las ofertas á par que las amenazas; por segunda vez me honraron con una eleccion que en vano se llamará debida á la influencia de las autoridades, mientras hayan Orientales para desmentirlo.

ra alzar el velo que la voluntad nacional estendió sobre nuestro pasado? ¿Quién lo autorizó para sacar hechos relegados al olvido, que si algun tinte pueden esprimir, recaeria sobre mil reputaciones patriotas, sin escluir algunas que pertenecen al círculo de D. Manuel Oribe? A quien, mas ó menos no le alcanzaria? . . . Prudente será detener el vuelo de la pluma en esta parte: no la dejaré correr; porque ni quiero, ni debo entrar sobre este punto, con un desconocido, en mas esplicaciones. Conozco bien lo que debo á la dignidad de mi país, al crédito de todos mis paisanos, á la mia propia, para guardarme de hacerlo.

Ni la calidad de patriota, ni el titulo de vencedor del *Rincon*, pusieron al general Rivera despues de 825, á cubierto de la intriga ni de la calumnia de sus émulos. Lo persiguieron, olvidando el riesgo en que ponian la causa de la Pátria Y sin embargo, no fué Rivera quien atentó contra la Junta de Representantes de Canelones: D. Manuel Oribe, (siento tener que decirlo) fué quien cometió este desacato, y el único descargo que pudo dar despues, fué decir que lo efectuó en cumplimiento de órdenes superiores . . . : ¿Y se recuerda porqué causas se tomó esta medida? Porque esa Junta de RR. que representaba la Nacion, resistia á poner fuera de la Ley al general Rivera: porque no daba el escándalo de arrojar la manzana de la discordia entre los defensores de una misma causa . . . Mas corramos un velo sobre estos incidentes desgraciados, que son ya del dominio de la historia . . . Adelante.

Rivera perseguido, Rivera injuriado, Rivera lleno de agravios, pudo ofrecer su espada al enemigo, seguro que el enemigo la habria aceptado, porque sabia su valer. Pero tubo la bastante virtud y firmeza de ánimo, para permanecer fiel á su pátria, è inmolarse en holocausto de su libertad.—Sus enemigos querian perderlo, inutilizarlo, y el ánjel de la victoria que le seguia propicio en todas partes, quiso que pudiese darles un desmentido solemne, y probar á la faz del universo, la injusticia con que lo hostilizaban sus perseguidores.

Entonces fué, que perseguido por el Coronel D. Manuel Oribe, penetró en Misiones, batió y puso en fuga al enemigo, dió libertad á esos Pueblos, y añadió un laurel mas á la guirnalda que circundaba la frente de la madre pátria. Si Rivera no hubiera sido patriota, ¿habria procedido de esta manera? Si èl fuese un enemigo de la ventura de sus compatriotas, ¿habria sabido hacer una abnegacion tan completa de si mismo

y de sus resentimientos, para combatir como combatió en Misiones por la pátria? . . . D. Manuel Oribe que olvidando los vinculos de paisanaje y los servicios de su adversario, vuelve bo la punta de la espada contra su pecho, y consiente y agradece talvez, los dicterios que la prensa de Paraná prodiga al general Rivera, puede decir esto es verdad, y juzgar si la mano del historiador imparcial, podrá un dia escribir otro tanto de el sobre la loza de su sepulcro.

Entonces fué que Rivera engrozando sus filas volvió sobre sus pasos, en circunstancias que D. Manuel Oribe estaba pasando con su fuerza en urio, donde Rivera pudo cargarlo y aniquilarlo. Pero Rivera se contentó con formar su linea de otro lado, se abstubo de aprovechar la situacion apurada de su perseguidor, porque no queria derramar sangre de hermanos, porque no queria privar á la patria de algunos hijos que podrian ser útiles á su causa. Oribe retrocedió espantado, no sé si arrepentido, aunque á juzgar por sus hechos posteriores, el rencor duró en su corazon por algun tiempo.—Quiero callar esos hechos, porque su recuerdo me mortificá, y quizá le sonrojaria; y mi propósito, és mas bien convencer, persuadir, que no exasperar ánimos, que deseára ver convertidos á la razon y á la patria.

Esto me parece que prueba en algun modo, que Rivera no es un enemigo, como se ha dicho, de la quietud ni de la ventura de sus compatriotas.

Pero puede añadirse mas.

La toma de Misiones pertenece al catálogo de las glorias de la República. Esa victoria durará indeleble al traves de los tiempos y de los sucesos. La parcialidad ni el ódio de los partidos, no tendrán jamás poder ni para borrarla de la historia, ni para alejarla de la mente de los patriotas. Y lo que digo de *Misiones*, digo del *Rincon*, de *Sarandí* y del *Cerro*. Sin embargo, la prensa de la Bajada pretende usurpar ese timbre á la República; y el Sr. Oribe y los Orientales que le cercan, enmudecen y callan . . . Oh desgracia! Un miserab'e maz-horquero tal vez, la pone en problema en el *Federal*: la cita no como un suceso glorioso para nosotros, sino como una violencia cometida, como una infamia consumada. Nuestros triunfos alcanzados en la lucha de la independencia, no son triunfos, sino los ganó persona determinada . . . Oh! esto es muy mezquino, Sr. Editor . . . !y por las venas de Oribe, corre sangre oriental, y lo tolera . . . ! Yo no toleraria que un extranjero osase decir otro tanto de la accion del *Cerro*, ganada por Oribe y Me-

lendez... Yo le diria "¡callad infame! respetad aquella jornada, y á sus hombres, sean los que fuesen. Su gloria, su palma, pertenecen á mi patria!"

Ha dicho el papel Entre-Riano que los soldados, que las familias que el general Rivera trajo de Misiones, con el mentido objeto del bien público, fué para hacerlos servir de instrumento de sus planes. Mentira atroz!... Esos soldados han perecido algunos defendiendo el estandarte de la República: esas familias han poblado los desiertos de nuestros campos; y para confundir del todo al impávido impostor, recordaré, que lejos de hacer servir á los indijénas de instrumento suyo, lo fueron de sus enemigos. Diganlo las sublevaciones que concitaron en el Cuarem, y que para ahogarlas fué preciso sacrificar vidas queridas, de jóvenes guerreros, como Bernabè Rivera, Máximo Obes, Bazan, Viera y otros patriotas malogrados en la primavera de sus dias.

Entonces D. Manuel Oribe no pensaba como el *Federal*: entonces escribia con instancia á D. Atanasio Lapidó que le instruyese de la suerte de aquellos bizarros soldados; y Lapidó le contestaba en cartas, escritas con las lágrimas del sentimiento y de la aflicción.... ¡Como mudan los tiempos! Como mudan los hombres!....

Transportémonos de aquella época á la del año 30, y encontraremos nuevos comprobantes de que el general Rivera fué siempre un amigo decidido de la quietud y bien-estar de los Pueblos.

Levantò la discordia su cabeza: sobre sus causas, á la historia corresponde juzgar. La patria pedia un sacrificio á los contendientes: el gobierno de Montevideo prefirió el suave medio de un avenimiento racional (que ojalá siempre se prefiriese); y el Sr. vicario Larrañaga, como digno mensajero de paz, fué comisionado cerca del general Rivera.—Rivera se presentó gustoso á él; y antes que usar de su poder, aceptó la paz, evitó la efusion de sangre, y probó que amaba la quietud y la ventura de sus compatriotas. No hizo lo mismo D. Manuel Oribe en 33, cuando envió con estudio su comision pacificadora hasta el Cangüé, y la posteridad referirá la lealtad que observó el ex presidente Oribe con algunos de sus comisionados.

Hemos llegado á la revolucion del 3 de Julio de 32. Los sublevados de Montevideo comprometen á D. Juan Antonio Lavalleja á ponerse al frente del movimiento. ¿Qué hizo entonces el gobierno del general Rivera? Del seno de la representacion nacional se nombró una comi-

sion pacificadora, compuesta de D. Julian G. de Espinosa, D. Francisco A. Vidal y D. Juan M. Turreiro, llevando por secretario á D. José A. Iturriaga, que lo és presentemente de Oribe. Esa comision hizo al jefe del movimiento proposiciones de paz: desgraciadamente fueron vanos sus esfuerzos; no se dió oidos á la razon, y las armas debieron decidirlo....

Que el general Rivera no dió por debilidad ni por temor este paso, es notorio: su poder era real, indudable, como despues lo demostró su triunfo. ¿Por qué lo dió pues? Por amor á la quietud pública, por amor al bienestar de sus conciudadanos. ¿Y se dirá todavia que Rivera es enemigo de la tranquilidad de su patria? Mui bien: aqui intercalaré mi bosquejo con una observacion que considero oportuna.

El *Federal Entre Riano* en el esceso de su rencor ácia la persona del general Rivera, se ha permitido decir de él—"que en cada una de las épocas de su vida pública ha sido una calamidad, porque él no se ha empleado sino en hallar los medios de arruinar á la Pátria, que hace infeliz." Muy bien: el año 32 fué tambien una época de la vida pública del general Rivera, ¿por qué pues D. Manuel Oribe lo sostuvo contra los revolucionarios de Julio? ¿Porque contribuyó á eternizar esa pretendida calamidad?... No hay medio entre este dilema;—ó fué por que convenia á su ambicion de grado y de Presidencia hacerlo así, ó porque estaba persuadido que el general Rivera era un Magistrado amigo de su pais. En el primer caso, la culpa á Oribe que lo sostuvo, atendiendo primero á su fin particular, que al bien de su pais: en el segundo, el hecho mismo del general en jefe del Ejército unido de la *Confederacion Argentina*, es el testimonio mas elocuente de la falsedad de la imputacion que le hace el *Federal Entre Riano*.

A otra época: á la del año 37 y á la del 38 despues, en que el Presidente Oribe rescindió su autoridad, en cumplimiento de una Convencion solemne.

Recuerdo que en 37, cuando D. Eujenio Garzon se hallaba sitiado en Paysandú, el general Rivera le decia en una nota intimatoria de fecha 16 de Diciembre, estas palabras; "Antes de continuar mis operaciones de ataque sobre el punto que V. S. ocupa, y consecuente con mis principios de derramar la menos sangre posible, he creido oportuno dirigirme á V. S. para manifestarle que á los Pueblos no se les debe jamas exigir, sino hasta cierto punto su resis-

“tencia, pero nunca el sacrificio que hoy se le obliga ejecutar al de Paysandú.”

Estos mismos principios habian sido consignados en otra nota, que en los primeros dias de la revolucion de 836, habia dirigido el mismo jeneral al Presidente Oribe, con el fin de evitar á los Pueblos las calamidades de una guerra dilatada. ¿Que prueba todo esto? Que ha de probar!... Su respeto, su conservacion á la tranquilidad pública, á la menor efusion de sangre, á la dicha de sus conciudadanos.

Pregunto; ¿quien fué molestado ni perseguido aqui ni en ningun punto de la República por el jeneral Rivera, por sus opiniones pasadas? Nadie; absolutamente nadie. Aceptó la paz de buena fé, y cumplió lo pactado, no obstante que en derecho no existia ya ninguna clase de compromiso, desde que una de las partes, (Oribe) lo habia roto, protestando desde Buenos Ayres, instado por el astuto Dictador, (que se proponia, servirse de él, como de un seguro instrumento para afirmar su tirania y dar ensanche á su ambicion,) contra lo mismo que habia pactado.

Y es tan cierto que á nadie se molestó aqui, que D. Eugenio Garzon, D. Francisco Lasala, D. Marcos Rincon y tantos otros jefes de Oribe permanecieron en Montevideo, lo mismo que D. Pedro F. Cavia autor de los escritos mas soezes contra la persona de Rivera y sus amigos, hasta que quisieron transportarse á Buenos Aires.

De entonces á acá, infinidad de emigrados Orientales se han restituido á sus hogares, y la seguridad con que viven, responde de la moderacion de los principios que caracterizan al gobierno actual de la República.

En la invasion de 839, compadecido de la suerte poco lisonjera del Sr. Lavalleja, si he de dar crédito á la publicacion de algunas cartas que hizo la *Gazeta* de Buenos Ayres, el jeneral Rivera convido con el olvido y amistad á ese que fué su antiguo compañero, impulsado por un noble sentimiento. ¿Se dirá, como se dijo entonces, que lo hizo por temor de su influencia? No: que el triunfo de Cagancha responde de que no tuvo tal temor, sino que procuraba arrancarlo de ese aislamiento en que se encuentra, para que desengañado de las revoluciones y de los hombres, viniese á reposar tranquilo en el seno de su familia, en redor de sus hijos, despues de siete años de desengaños. Lo hizo, en fin, porque se interesa en la ventura de sus conciudadanos.

Y aun ahora mismo, si la interposicion de los respetos de dos potencias poderosas hubiera obtenido de Rosas la justicia que se debe al honor y á

los derechos de la República, como á los amigos de la libertad, no seria no, por el General Rivera, que una sola gota de sangre americana se derramase mas. Su corazon lo resiste; y, ¡ojalá hubiese muchos que pensasen como el General Rivera!... Entonces, el dia de la paz general amaneceria.

Incansable seria, si me propusiese citar todos los hechos de la vida pública del vencedor de *Haedo*, que desmienten lo que ha estampado el *Federal Entre Riano*, (que es mozo abonado) sobre ser el General Rivera “enemigo de la quietud y ventura de sus compatriotas.”

Ha agregado el mismo papel, “que es un enemigo implacable y tenaz de los Argentinos y de cuanto pueda contribuir al bien estar de aquella República.” Por de contado, que este es otro embuste del escritor, que sin duda confunde á los Argentinos esclavos prostituidos á Rosas, con los millares de Argentinos proscritos por aquel opresor inhumano. Pero suponiendo que fuese asi, ¿no seria ridiculo que en este caso D. Manuel Oribe y los emigrados que le acompañan, se constituyesen en sus defensores, á la vez que en enemigos encarnizados de sus paisanos? Sin esa enemistad que se le atribuye respecto á los Argentinos existiese, seria una falta para con ellos, pero no un delito para con la Patria. Y por cierto que seria muy singular, que por que tubiesemos enemistad ó prevencion á los Turcos, los Orientales desempeñando el rol de redentores de la causa ajena, hiciesen causa comun con ellos, poniéndose en armas contra sus compatriotas. Perfecta lójica, sublime teoria, digna de los politicos de las Pampas!

Mas como menos, si los emigrados que están al servicio de Rosas, se llaman no soldados Orientales, sino soldados de la *Confederacion Argentina*, y su general obedece no á las leyes de su patria, sino á la suprema voluntad del Restaurador Rosas...

Como menos, si en sus barbas Urquiza tiene la avilantéz de jactarse en sus Proclamas e que marcha á fijar en las márjenes del Uruguay el majestuoso estandarte simbolo de la *Federacion*, donde flameando victorioso, anunciara á Oriente su ruina, y á sus hijos el cadalso! (1) Comparen

(1) Proclama de Urquiza á los suyos.

La moral y subordinacion de que habeis dado tanto ejemplo, es lo que vuestro gobernador y jeneral os recomienda al romper la marcha para fijar el majestuoso estandarte, simbolo de la Federacion, en las márjenes del Uruguay, donde flameando victorioso, anunciará al tirano del Oriente con su próxima ruina, el cadalso merecido que le espera á su execrable existencia.

¡ Viva el ilustre Restaurador de las leyes, el Washington de la América del Sud! (Gaceta Mercantil.)

por un momento los imparciales á Urquiza el Entre-Riano, con el general Rivera, hijo de este pais y consagrado desde 811 á su servicio, y fallen cual de los dos puede tener titulos á la consideracion de los Orientales. Si el que nada hizo por ellos, sino visitarlos en 839 con una horda de facinerosos y guaycuruces que talasen nuestros campos, robasen nuestros ganados y destruyesen nuestras mieses, ó el que ha regado con su sangre el árbol de nuestra libertad, y propendido á la Independencia y felicidad de esta tierra.

Concluirè. El general Rivera ha mandado siempre: el general Oribe és mandado por Rosas, recibe y ejecuta sus órdenes con la docilidad de un subalterno. Esto desdice de la dignidad de Presidente de un Estado, con que aun se considera investido.

El general Rivera lleva bien alta la bandera de la República: D. Manuel Oribe trae la de la *Confederacion Argentina*, y Urquiza nos promete la honrra de fijarla triunfante sobre las márjenes del Uruguay. Esto esplica todo. El pueblo Oriental será, por lo que de esto se infiere, agregado á la *Confederacion Argentina*, al antiguo Virreinato de Buenos Aires, segun nos lo ha anunciado el *Brithis Packet*. ¡Digno premio á tanto sacrificio como hicieron los Orientales, por salvar su Independencia de todo poder estrangero, de Buenos Aires tambien, porque en este punto és tan estrangero como otro cualquiera.

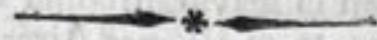
Y asi deberá suceder, porque Rosas, no apoya, no protege á Oribe, ni le prepara un ejército, nada mas que para que venga á sentarse en la silla del gobierno. Algo mas se propone, y el que alega derechos sobre el Paraguay, no és extraño que los pretenda tener sobre nosotros.

Ruego, no al *Federal Entre Riano*, que no conozco para creer en su palabra, sino á D. Manuel Oribe, que esplice esta duda, porque és preciso que el pueblo sepa de su boca, la felicidad que le prepara con un ejército de Rosas: dije mal, con el ejército de la *Confederacion*: con el ejército del *Washington de la América del Sud*, segun la espresion de Urquiza.

Perdone Ud. Sr. editor, y perdonen todos si me excedo, y si poco de molesto. Continuarè mi correspondencia con Ud. asi que mis ocupaciones me lo permitan. Interesa á mi pais, que esta cuestion de vida ó de muerte para él, se dilucide con moderacion y con franqueza. No puedo vanagloriarme de hacerlo con propiedad; pero hago lo que puedo, por hacer conocer á los hombres el verdadero camino de la gloria, y la necesidad de fraternizarnos, y olvidar para siempre

nuestras rencillas y cuestiones civiles, que una fatalidad quizo que hasta ahora resolviesemos con las lanzas. Basta de desgracias y rencores: *Orientales, Orientales, y nada mas que ORIENTALES*, y trabajar unidos y mancomunados por el bien de la pátria. Me atrevo á asegurar que este és el sentimiento de todos mis conciudadanos, asi como lo és de su affmo—

EL AMIGO DEL PAIS.



Montevideo Octubre 20 de 1842.

EL AMIGO DEL PAIS.

Cuando en mis cartas anteriores he mencionado los desórdenes y brutalidades de que es teatro la infeliz Buenos Aires, asi como el resto de las provincias de la Confederacion que están bajo la férula de Rosas ó de sus tenientes, he temido, como lo tomen todos los hombres que saben pensar, que se reprodujesen en Montevideo, si algun dia, contra toda probabilidad, D. Manuel Oribe se posesionase por la influencia y con el auxilio del Dictador Rosas, del gobierno de este Estado.

No he tenido embarazo en manifestar este mismo temor en reuniones particulares, donde me ha llevado el acaso ó la amistad con personas que me favorecen con la suya, y no ha faltado quien pretendiera tranquilizarme en este punto con una observacion, que aunque la juzgue emanada de nobles sentimientos, siento no poder adherirme á ella, por que estoi persuadido que se equivocan los que piensan asi; que se dejan fascinar por sus buenos deseos.

Puede ser mui bien, que D. Manuel Oribe (como lo creen sus amigos), luego que pisase el Territorio Oriental, cambiase de sistema, contubiese á la soldadecza estrangera que le sigue, y conservase el mayor orden y moderacion posible, por no ser menos en esta linea que su adversario el general Rivera.

Puede ser mui bien que sea la necesidad quien le haya obligado (como dicen sus amigos), á prestarse deferente á todos los caprichos y mandatos de Rosas, hasta el extremo de manchar sus manos con la sangre de sus victimas, y que asi que fijase su planta en este pais y sacudiese de sobre si el polvo de la ignominia ó esa cadena que lo liga á Rosas, manteniéndolo sujeto á sus deliberaciones, marchase con otra politica mas digna,

mas humanitaria, mas conciliadora, sin temer el enojo que esta defeccion ó este cambio de principios, pudiese causar en el gobernador de Buenos Aires.

Puede ser muy bien que á pesar de la escuela que ha tenido por cuatro años consecutivos en las provincias Argentinas, y en que llegó á ser uno de los principales actores, no tenga la intencion de repetir en su patria, ni de tolerar que la canalla lo repita, esas confiscaciones, esos escándalos, esos deguellos que con la mayor infamia vemos cometerse frecuentemente en Buenos Aires.

Puede ser muy bien que D. Manuel Oribe esté dispuesto (como lo afirman sus amigos), á no hacer el sacrificio de la independencia de su pais á Rosas, y á resistir si se ofreciese con valor, toda pretension que aquel estrangero ámbicioso pudiera tener á este respecto. Puede ser en fin, que los hombres de consejo, que los hombres de luces y de razon, amigos de D. Manuel Oribe, consiguiesen domar su jénio iracundo, separarlo de la liga vergonzosa de Rosas, y dar el ósculo de paz y de fraternidad á todos sus compatriotas. ¡Pero por cuantos peligros no tendria que pasar el pais, para llegar á ese punto!... Por cuantos riesgos! por cuantos escollos, y porque terribles incertidumbres!...

Yo aplaudiria los deseos de los que alimentan esas esperanzas, si desgraciadamente no fuesen errados, porque no conocen ni la astucia, ni la perfidia, ni el corazon, ni los proyectos de Rosas; ni menos, los millares de obstáculos, que embarazarian al mismo D. Manuel Oribe, para tomar ese camino, aun cuando esa fuese su voluntad y su pensamiento.

Rosas conoce bellisimamente el noble y magnánimo carácter de los Orientales; hablo en jeneral, no quiero hacer distinciones odiosas. Rosas sabe que en Montevideo puede contar D. Manuel Oribe con algunos parciales, pero no él con prostituidos serviles, que se abatan imbéciles á los pies de su poder. El sabe muy bien, que si el espíritu de partido adormeció el espíritu nacional, hasta aceptar su cooperacion para triunfar de sus contrarios, ese mismo espíritu recuperaria su ser natural, su dignidad por un instante olvidada, para repeler cualquiera otra exigencia desmedida que pudiera imponerles en cambio de una proteccion miserable, que ellos supieron ganar sirviéndole con teson, y haciéndose matar por la estabilidad de su monstruoso gobierno.

Rosas prevee sin duda, que puede llegar dia, en que los Orientales emigrados cansados de envilecerse y de sufrir las humillaciones porque los hizo

pasar, y á cuyo precio les vendió una proteccion llena de malicia y de perversidad, le negasen en su pais, esa ciega y degradante obediencia que le prestaron en el suyo, en el tiempo de su emigracion; y he aqui esplicada la razon porque hizo que en la invasion de 839 viniesen los Orientales bajo las órdenes de Echagüe;—porque ha ocupado infinitud de tiempo al mismo D. Manuel Oribe, en la pacificacion de las Provincias del Interior, alejándolo de las fronteras de esta República:—porque mantiene á la fecha á D. Servando Gomez empleado en la persecucion de las Indias, y á D. Manuel Oribe como encantado en el Paraná, dependiendo de su autoridad y vijilado muy de cerca por Urquiza, y últimamente por Mansilla, que aguzó quizá el alevoso puñal, que está encargado de undir en su corazon, al menor desliz, á la menor sombra de desobediencia al detestable degollador de Buenos Ayres.

Cree V. Sr. Editor, que á Rosas no se le habrá ocurrido nunca la idea, de la posibilidad de perder toda esa apariencia de respeto y de sumision que hasta ahora mereció de los emigrados? Cree V. que no sospecha, que si lograsen la suya, es muy factible que rompan todo pacto y compromiso anterior, y pongan término á ese vasallaje y dependencia en que hasta hoy se mantubieron? Cree V. que no teme una defeccion de principios en ellos, desde el momento en que encontrándose fuertes en su pais, pudieran decir—“Restaurador, hasta aqui llegó nuestra intimidacion: el Uruguay ha puesto una barrera entre ambos paises: esa barrera la levantamos tambien entre ambos gobiernos: nosotros mandarémos en nuestro pais, con entera independencia: vos nos respetareis, ó haremos por la fuerza que nos respetes.”—

Es necesario convenir que ese jénio del mal tiene un jénio previsor, y que calcula lo que puede sobrevenir, para estar en guarda. Que ese jénio en lo que menos piensa, es en preparar el triunfo tal ó cual de nuestros partidos, porque para él todos son iguales, porque para mirarlos con ojeriza basta con que sepa que son Orientales los que lo componen. Este es un pecado para él: un antecedente que aborrece, tanto como la prosperidad de nuestra Patria que es el objeto de sus miradas codiciosas, y que procura arrebatarse á viva fuerza.

Piensen como quieran los desafectos al gobierno: crean en buen hora, que porque ellos piensen lo menos mal, han de pensar lo mismo los que vienen empapados en sangre de millares de infelices inmolados al furor de un leon sañudo y cruento, y con la diabolica conviccion que solo con sangre y martirio se conquista á los Pueblos

se contienen las revueltas, se gana prestigio y se asegura la existencia de los gobiernos. ¡Dios quiera que algún día no tengan que arrepentirse, llorar con lágrimas de sangre también, desgracias irreparables de su Patria!....

Se prometen una felicidad imaginaria. Si, imaginaria, porque Rosas no es el brazo mas apropiado para proporcionárnosla. La felicidad la tendremos para nosotros, para nuestro país, si la queremos de corazón: sino la ahuyentamos insensatos, con el estúpido alarido de nuestras pasiones enconadas. Estendamos la vista desde uno al otro ángulo de la República: miremos para nuestros puertos, para nuestros pueblos, para nuestros campos: en todas partes ella seduce y sonríe: en todas partes se nos ofrece con un atractivo poderoso.... Ah! porque la despreciaremos?.... por satisfacer resentimientos particulares.... por lograr un cambio de personas en la administración!.... Fatales exigencias! Si, muy fatales, porque ellas paralizan el curso de nuestro engrandecimiento, y han de acarrear á nuestro naciente país, desastres y quebrantos de transcendencia.

Se prometen prodigios de D. Manuel Oribe. Muy bien: el Sr. Oribe, dirigido por buenos y prudentes consejeros, podría todavía prometer alguna cosa en beneficio de su país. Pero esto, en la posición que ocupa, parece tan imposible, como que pueda marchar sin obstáculo desde el Uruguay hasta el recinto de Montevideo.

No nos alucinemos, Sr. Editor. El amor propio de D. Manuel Oribe, el orgullo de su triunfo, la soberbia que dá el poder, harían que no escuchase ninguna palabra de prudencia de sus amigos, y que prevaleciesen á pesar de sus instancias, las ideas que trajese de la escuela del salvajismo. Los principios de ese sistema de desorden y de muerte que dominan donde Rosas manda, serían traídos forzosamente en la punta de las lanzas para inocularlos con sangre en el corazón de los Orientales. Y, ay de Oribe, sino lo hiciera....! Rosas, su protector, lo obligaría á verificarlo, porque le conviene que en los Estados limítrofes desaparezcan los dogmas santos de la libertad, y el reinado de las instituciones, para que no hagan contraste con la esclavitud, despotismo y abyección del pueblo que oprime y degrada con su planta de fierro. Y que necesidad tenemos de esponernos á los azares, á los peligros que traería la empresa de D. Manuel Oribe? ¿Se tiene acaso la certeza de que su gobierno sería mas análogo á nuestras necesidades, ni mas benéfico que el de Rivera? No Sr. Para conocer la diferencia de uno y otro, no hay mas que poner en balanza el

que fué con el que és: y nadie podrá creer que sea el Sr. Oribe el personaje escogido para mejorarlo. Este milagroso reserva para almas de otro temple, y para épocas de bonanza y de una union tan estable y duradera, como el oceano del Plata.

No diré que la administración actual no tenga defectos, pero sostendré si, que el modo de repararlos no es ajitando las pasiones, ni levantando el negro pendon de las venganzas. No es destruyendo ni invadiendo el país con una caterva de facinerosos extranjeros, cuyo principal interés es chupar nuestra sangre, talar nuestros campos, robar nuestras fortunas y volverse á su tierra con los despojos de nuestros bienes y haciendas, y con el fruto del botin.

Soy demasiado injénuo para dejar de confesar que la administración actual no tenga defectos; pero, ¿habrá alguno tan ciego que quiera parangonarla con la de Rosas, con la de Echagüe, Urquiza, Aldao y todas esas furias que lanzó el averno para azote de la humanidad y vergüenza del siglo de las luces? Defectos....! Y, ¿cual no los tubo, cual hay que no los tenga, Sr. Editor? ¿Hay alguna en los nuevos Estados perfecta? ¿Y como se remediarán esos defectos? A fuerza de bayoneta, dicen algunos: error! mentira! Mentira, replicaré una y mil veces. Apuntádoles con sinceridad, examinando'os con prudencia, aplicándoles el balsamo de la ley y de la razón; no el filo de las espadas, ni la punta lacerada de las lanzas. Apelando á la persuasión, no á la violencia. Dando el ejemplo de sumisión á la ley, para que el que gobierna la cumpla y la respete. He ahí el médio de conseguir el objeto.

Oigo hablar de abusos, de injusticias, de paralización y de pobreza. Esto és singular; abusos é injusticias, ¿en cual época de nuestra era política, mas ó menos, no se experimentaron! Paralización y pobreza, ¿cuando no lo hubo en dias de convulsión y de guerra? Quereis, vosotros hombres de partido, que desaparezcan? Haced por quitar *la causa* y no tocareis *los efectos*. Haced por quitar el pretesto de las circunstancias, y la paz y la concordia sanarán todos los males. De otra manera, el mal es menos malo que el remedio que quereis aplicarle. Quereis, como amigos sinceros de la felicidad del país conseguirlo? Abjurad vuestras pasiones en las áras de la patria; respetad las instituciones que jurasteis, respetando los poderes que ellas crearon, por el tiempo y en la forma que lo prescribieron.

Se dice que és malo el gobierno de Rivera. Por Dios Sr. Editor, no exijamos despropósitos: ¿Donde están sus maldades? ¿en dejar vivir

tranquilo y holgado á todo el mundo? En tolerar como se tolera, mas quizá, que en otras partes, donde blazonan de liberales los que mandan? El general Rivera y sus Estadistas, son por ventura algunos dioses, algunos seres infalibles para no equivocarse jamas? Además, (y èsta razon vale por todas), ¿és acaso su gobierno *vitalicio, perpetuo*, como el de Rosas, que no tenga un término *legal*, que sea necesario emplear la coaccion y las armas para que concluya? Este principio, doctrina, argumento ó como quiera llamarsele, algunos lo aplicarán también á la época de la presidencia de Oribe. El caso es diferente; D. Manuel Oribe, empezó á dispensar concesiones á Rosas, que lastimaban la honra y el decoro de la República. El general Rivera no lo imita por cierto.

Empero, ya lo he dicho en otra ocasion, quiero abstenerme todo lo posible de recordar sucesos que pertenecen al dominio de la historia, y cuyo recuerdo deseára borrar con mi propia sangre. No obstante, haré una lijera reflexion. Si para los apasionados del expresidente Oribe, fué un mal el de entonces, un mal no autoriza en ningun caso, su repeticion, y lo que toca hacer á los patriotas, és aprender en el pasado, para ser prudentes en el presente y pensar con mas juicio en el porvenir.

Cruel seria conocer el error, y no enmendarlo: cruel apelar al estrago, á la matanza de los combates: cruel renovar ó hacer mas profundas las heridas de la madre Pátria, como és torpe querer destruir los encantos de la libertad con el prestigio de sus abusos. Verguenza seria Sr. editor, agregar el escarnio de ese idolo inciensoado por los libres, y santificado por la sangre generosa de una jeneracion, al resto de nuestras miserias humanas.

En todas partes hay quejosos: en todos tiempos hubo descontentos. El fanatismo de circulo, de partido, torna á los hombres injustos, y miran con prevencion cuanto emana de sus desafectos, sin advertir que por lo regular sus imprudencias, sus desmanes, sus injusticias, son el orijen de lo mismo que deploran y critican.

Nada hay sagrado para el frenético; á sus ojos todo es vulnerable: la reputacion de los guerreros famosos de su pair, del majistrado liberal y maguánimo, el nombre de su misma Patria, llega á ser el blanco de su sinrazon y de sus torpes preocupaciones. He aqui el orijen de nuestros males: he aqui la fuente de nuestras desgracias.

Con injusticia llamaron *salvaje* al General Rivera, en el desvario de su exaltacion frenética. Es-

to es insultar sin testo ni razon el buen sentido. Su conducta honorable desde el año 11 hasta hoy, supo desmentirlo.

Con injusticia le llamaron *traidor á su Patria, traidor al general Artigas*. He rebatido en mi carta anterior esta acusacion terrible, y con la historia en la mano, y la antorcha de la verdad levantada, creo haberla pulverizado y deshecho. Sin embargo, pude agregar algo mas en prueba de lo contrario — Pude citar un hecho, pero habia de ser tan mortificante su recuerdo para personas que aun viven, que preferi omitirlo. Pero ese tributo que pagué á la prudencia y á la consideracion que ellas me merecian, no todos supieron apreciarlo. Considerðme, pues, relegado ya del deber de silenciarlo.

Remontándome á la época del general Artigas, pude decir, que cuando este gefe habia emigrado al Paraguay, D. Fructuoso Rivera quedó luchando brazo á brazo con el poder de Portugal, mientras otros que lo acusaron despues, transijieron, y se sometieron á los Lusitanos.—Quizá el mismo D. Manuel Oribe pertenecié á este número.

Pude decir que cuando en la Calera la oficialidad del Rejimiento de libertos, depuso del mando á Rivera pretestando *traicion*, Rivera tubo la virtud de no defraudar á su Patria, por venganzas personales, del servicio de sus hijos. El nombró una comision de Gefes distinguidos de la Patria, que pueden (los que viven) desmentirme sino soy exacto en lo que voy á referir, para que se hiciesen cargo de las fuerzas que mandaba, mientras se daba cuenta al general Artigas de lo acaecido y se sometia al fallo de su justicia.

Esos Gefes que Rivera elijió para el efecto fueron D. Juan A. Lavalleja, D. Felipe Duarte, D. M. Figueredo, D. José Yupes, D. Pedro P. Sierra y D. Simon del Pino. ¿Otro menos patriota que Rivera, habria procedido con tanta dignidad y nobleza?.... Resuelvan los hombres imparciales, á quien apelo.

Pero Rivera, no era, como decian, traidor. Esos mismos Jéfes le hicieron plena justicia. Esos mismos Jéfes, que despues (algunos) se convirtieron en sus rivales. exijieron *la prueba* de tamaña inculpacion, obligandose á castigarlo, á decapitarlo, si en efecto, la oficialidad de libertos evidenciaba la imputacion que le hacian. No lo hicieron, porque no podian probar un delito que no existia, y entre las curiosidades de los hombres de aquel tiempo, se ha de conservar una Acta labrada en aquella ocasion, y subscrita por Lavalleja, Yupes, Figueredo y demas Jefes de division, en que se colocaban gustosos bajo el

mando del Jeneral Rivera, volviendo por su reputacion, haciendo justicia á sus virtudes cívicas, y confundiendo á sus detractores.

Felizmente las diferencias se arreglaron sin sangre, sin embargo que el coronel Yupes fué de opinion de atacar á los que conspiraban contra Rivera. La mayoria de los Jéfes no estuvieron por su pensamiento.

Con igual injusticia, que las que dejo apuntadas, hoy vociferan algunos contra su administracion, y trabajan porque D. Manuel Oribe le suceda. ¡Pero porque medios—santo Dios!... por los mas violentos é inauditos:—por los medios del esterminio y de la ruina completa de un pais, que para colocarse al nivel de los primeros del mundo, no necesita mas que algunos años de paz, de sociogo y de fraternidad. Mi imaginacion se dilata, se embriaga, y mi alma palpita de placer, cuando en mis ensueños creo ver á los Orientales dándose el abrazo de la amistad y de la concordia. Pero ay! si despierto, reconozco que era una ilusion de mi fantasia: que en algunos existe aun el jémen de la venganza, que quieren satisfacer á costa del sacrificio de la gloria y ventura de la República. Entonces me oprime la melancolia; y hago férvidos votos porque vuelvan en sí de su delirio, y no roben á la Pátria, el futuro de deicias y prosperidad, con pródigo el Cielo nos conceda.

Dije en otra parte de este artículo, que el círculo político de D. Manuel Oribe se prometia resultados maravillosos del gobierno de aquel hombre; y esas y otras idealidades semejantes con que se alimentan, estravian su razon y los hace olvidar hasta de los intereses de su patria. En vano se les advierte los compromisos que contrajo con Rosas; en vano la conducta que observó en los pueblos del interior de la República Argentina: en vano las propensiones de su carácter: en vano el lema que trae de—*Viva la Confederacion Argentina!* sobre su pecho, y que ha substituido al de—*Viva la Libertad!* que llevaba orgulloso en otro tiempo; en vano, en fin, las consecuencias de esa multitud enfurecida que se prepara á conducir desde el extranjero, con la horrible mision, de esterminar á sus propios hermanos. Su ceguedad es tan extrema, como la confianza que tienen en su triunfo. Ningun poder ejercen en su razon las repetidas lecciones de la esperiencia.

Su modo de raciocinar me causa pena. Hombres, que se tienen por ilustrados, por patriotas, discurren de una manera tan triste, que á veces hacen problemático su saber, y ese amor vehemente que dicen de continuo, profesan á la felicidad y á la gloria de esta patria.

No sé quien irá equivocado, si ellos ó nosotros. Yo tambien participé un tiempo de sus ilusiones; pero *los hechos me despreocuparon*: y la sana razon, destello de la divinidad, iluminó mi intelijencia, y creo haberme acer-

cado á la realidad, al punto de poder mirar sin pasion las cosas y los hombres.

Las primeras notabilidades del círculo de D. Manuel Oribe, dicen aqui, «que luego que él consiga su objeto, »es decir, luego que se coloque en el gobierno, romperá »todo pacto con Rosas, y empleará la influencia y el poder »que aquel le hubiera dado para derribarlo.» Añaden: «que no perseguirá á nadie por opiniones, que no verterá »una sola gota de sangre, que no obedecerá á Rosas, que »hará la felicidad del pais y la fusion de los partidos.»—Asi es como pretenden disipar las sospechas que se tienen respecto á su conducta, su política y su réjimen: asi como pretenden disuadir á los que vaticinan el sacrificio que necesariamente ha de hacer de este pais á Rosas, en retribucion de sus buenos oficios.

Parece, hasta cierto punto imposible, que hombres de tan buen criterio, formen un juicio tan estravagante, y olviden que hablan en un Pueblo, donde se conservan frescos aun, los recuerdos de épocas y acontecimientos recientes.

Esos hombres no piensan que Rosas és bastante suspicaz y advertido, para prevenir cualesquiera transformacion y deslealtad por parte de D. Manuel Oribe. Que si lo envia á este pais, será con *jefes y soldados suyos*, que á la menor sospecha, y sin ella tal vez, hagan con él y con sus amigos, lo mismo que verificó con Quiroga, con Lopez, con Heredia y con otros muchos: lo que hicieron en otras Naciones, los que, á título de protectores, penetraron en ellas, para despues erijirse en señores y dueños absolutos.

Esos hombres, que no sé con que probabilidades, convertidos en oráculos, se avanzan á dirijirnos profecias, y á darnos seguridades, olvidan que el hombre de *ayer* no és el de *hoy*; que el que viene imbuido con las ideas que dominan en Buenos Aires, no puede dar garantias de orden, ni de tolerancia; que el que ajita la guerra y se asocia á extranjeros feroces para hacerla á la República, por satisfacer venganzas personales, no és el jénio tutelar en cuyo gobierno se pueda esclamar, como en otro tiempo—*Rara temporum felicitatis!*

Pensar que D. Manuel Oribe ha de propender á la fusion de los partidos en este pais, es un absurdo; y me alegrára equivocarme. No lo hizo cuando pudo hacerlo sin sangre, sin violencia, sin desastres; cuando tuvo los medios en su mano, cuando subió en 1835 como el iris de bonanza y de concordia á la magistratura; ¡y habia de hacerlo ahora, que su rencor será mayor, á medida que fué abatido su amor propio!

Y si en realidad él y sus amigos aspiran de corazon á dar ese dia de consuelo á la Pátria, ¿porqué amagan y maquinan contra su tranquilidad? ¿porqué se arman contra los compañeros de su infancia, de sus fatigas, y de sus glorias? ¿porqué dirijen el acero fratricida contra el pecho ennoblecido de sus conciudadanos? Porqué desprecian *la paz y el olvido* con que cien veces les convidó el gobierno del Jeneral Rivera?... Porqué quieren que corran arroyos de sangre primero? porqué que sea desolado su pais, enervada su industria, debilitado su comercio, desquiciado y arruinado todo, y convertido en un

horrendo caos su Pátria? . . . Porqué se valen de aventureros falaces, de mercenarios corrompidos, para atraer sobre su país, una plaga que ha de desolarlo, con el desprecio de unos y la compasión de otros? . . . Será esto pensar con circunspección, ni obrar como patriotas? . . .

No dirán que el gobierno Nacional les ha cerrado las puertas de la República, á los que de buena fe quisieron restituirse á su Pátria: no dirán que esta Pátria ha sido ingrata ni demasiado severa para con ninguno de sus hijos. Sus brazos estuvieron y están abiertos para recibir á todos: sus caricias las reparte y las prodiga á todos los que quieran merecerlas. No exijo que se dé crédito á solo mi palabra: ahí están los hechos de manifiesto para corroborarla.

Dávila, Sanchez, Brid, Ruedas, Cermeño, Latorre, Cavia, Blanco, y otra infinidad de ciudadanos emigrados que regresaron á Montevideo despues de la batalla de Cagancha, responden de la evidencia de mis aserciones.

Y mientras el gobierno de Rivera guarda una comportacion tan noble, tan leal, tan digna del Pueblo magnánimo y heróico que preside: mientras tolera (digo mal) mientras respeta y considera á sus propios conocidos enemigos ¡cuan diferente és la conducta de Rosas, del *Washington de la América del Sud*, segun D. Justo Urquiza! . . . Allí, en Buenos Ayres donde Rosas manda, y D. Manuel Oribe conserva una comision clasificadora, ruedan desde el cadalzo cabezas de Orientales, no hay perdon ni conmiseracion para el infortunio; y sin embargo, hay Orientales (decirlo no puedo sin emocion ni sin pena) que lisonjeen y alaben al bárbaro que asesina á sus hermanos, á sus compañeros de emigracion. . . al déspota, al renegado, al maldito, que fulmina decretos de confiscacion y de muerte á manera del Japon y á la pálida luz de este principio—*Cuncta licent—cesari*:—al que puede todo le es permitido. ¡Excelente doctrina! ¡sublime principio. . . Sombras de Latorre, de Lazaeta, de Escalada! Alzad de la tumba, para agradecer á vuestros amigos el homenaje de gratitud que por vuestro suplicio, tributan á vuestro verdugo!!

“Quien és el que vá errado lo decidirá el tiempo.”— Muchas veces he oido repetir estas frases á personas de respeto. El tiempo. . . Si se tratára de aquel tiempo en que esperaban justicia y reparacion los Aristides en Atenas, yo seria el primero en asociarme á esa opinion, y esperar que la mano poderosissima del tiempo, viniese á

reparar nuestras desgracias, rasgando el velo que nos conserva en mezquinas preocupaciones. Pero no: aqui se juegan los intereses mas vitales de la República, y no hay espera. Un solo dia, una sola hora que se pierda, es como un siglo que se malogra. Es suficiente fijarse en la calidad de los actores, en sus opuestos principios, y en sus distintas banderas, para inferir de que parte se hallara la razon, la justicia, la sinceridad y la gloria.

Los que creen en la lealtad de Rosas, caminan sobre un precipicio. Los que esperan de mano de D. Manuel Oribe, y por los medios de una lucha sangrienta, mayor suma de beneficios, que por los de la paz y de la persuacion, se equivocan. ¡Y ay sino lo conocen en tiempo! ¡Ay si de su peso cayesen, cuando ya no fuera dado retroceder, sino apurar la amarga copa de un desengaño funesto. . . . ¡Quien entonces evitaria los males? quien detendria el furor de los contendentes! Quien restituiria el padre al hijo, el hijo al padre, el esposo á la viuda, el hermano al hermano, y á la adorada el amante, despues de haber sido sacrificados inutilmente á la estupidez de los partidos. ó á las miras interesadas de los caudillos!

Temamos, estremecidos Sr. Editor, que lleguen tan aciagos dias para nuestra Pátria. Temamos que el ejército de Rosas penetre en el corazon de la República, y que nuestro país, el país de los Orientales, sea la presa de ese bandalaje desafortado, que desde la Bajada se saborea con nuestros infortunios.

Sofoque cada cual en lo intimo de su corazon sus antipatias, sus diferencias, y sus rencores:— la PATRIA, la PATRIA, Sres. ante todas las cosas, que aflijida y abrumada con la mole inmensa de tantas calamidades por que ha pasado, sino maldice la hora en que se substrajo al dominio de estraños opresores, parece que levanta al menos, las manos hasta el Cielo, pidiendo misericordia!!

Caiga sobre mis inocentes hijos, la sangre que yo desee se vierta ni se derrame de ninguno de mis compatriotas. Caiga sobre mi la maldicion de los huérfanos, que por mis instigaciones quedasen sin padre y sin apoyo, en una guerra que abomino con toda mi alma. No seré yo quien la concite: no seré yo quien me goce en sus estragos y consecuencias. Este és el lenguaje de los patriotas: este el clamor de la humanidad: este el sentimiento de mi gobierno.

EL AMIGO DEL PAIS.